

RENZO BIASION

SAGAPÒ

TRADUCCIÓN DEL ITALIANO
DE JUAN DÍAZ DE ATAURI

BARCELONA 2012



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Sagapò*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S.A.U.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 147 107
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 1991 by Giulio Einaudi Editore s.p.a., Turín
© de la traducción, 2012 by Juan Díaz de Atauri Rodríguez de los Ríos
© de esta edición, 2012 by Quaderns Crema, S.A.U.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S.A.U.

En la cubierta, iglesia en Santorini

ISBN: 978-84-15277-76-7
DEPÓSITO LEGAL: B. 9154-2012

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impresió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *junio de 2012*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

LA REPÚBLICA DE ALCOZINO

Cuando el batallón llegó a la costa y se desplegó en abanico, a la tercera compañía le tocó la posición de Elunda.

Elunda era una aldea de seis casas, dos de las cuales serían como almacén de algarrobas. Las casas estaban prácticamente vacías, pero los almacenes aún se encontraban llenos. Requisaron las algarrobas para alimentar a los mulos, que las comieron con avidez y después enfermaron en su mayoría.

En la playa había dos cruces, que habían hincado los alemanes. Cadáveres devueltos por el mar o paracaidistas muertos a manos de la población civil. A causa de aquellos dos muertos había habido una matanza inmediatamente después de la ocupación.

La playa era larga, batida por el sol; las casas, cubos blancos recortados contra el mar violeta: un mar cerrado, impenetrable, hostil.

La carretera llegaba hasta el puesto de guarnición y luego trepaba, polvorienta, por la montaña amarilla.

Cuando la compañía llegó a la aldea, los soldados se dispersaron por las casas. Estaban cansados, pero, tras meses de tienda de campaña y marchas, la idea de instalarse bajo techo los enardecía. Reían excitados y, con alegre frenesí, se empujaban los unos a los otros en la lucha por conseguir los mejores sitios. Sacaron las algarrobas a la calle para hacer sitio. La aldea estaba casi desierta y los pocos hombres que quedaban, viejos en su mayoría, observaban en silencio aquel trajín en sus viviendas. Las mujeres gritaron «*Panagía!*»¹ y se echa-

¹ Así en el original, por Παναγία. Podría traducirse '¡Santa María!'

ron a llorar llevándose las manos a la cabeza. Entonces los soldados, en cuanto acabaron de discutir por los sitios, felices y satisfechos, se dedicaron a consolarlas, sin dejar de hacer uso de las manos.

El sargento reunió la compañía. Necesitaba establecer un puesto avanzado en el promontorio que cerraba la bahía delante de Elunda. Hacían falta tres hombres y un cabo, voluntarios, porque el puesto era duro. Nadie se movió, sólo levantó la mano el soldado de primera Alcozino, que desde hacía muchos años se obstinaba en llegar a cabo sin conseguirlo, pues era analfabeto.

El sargento le ordenó que saliera de la fila y, después, en un raptó de inspiración, gritó: «¡Bravo, Alcozino, ésta es la buena!, irán contigo Rotundo, que sabe escribir, Marruca, que sabe hacer refugios, y Scudo, que entiende de mulos». Estas palabras hicieron estallar en carcajadas a la compañía.

Pasaron cuatro meses. Alcozino se había llevado a sus hombres a la última cumbre del promontorio. Un lugar horrible, batido por el viento, con unas rocas gigantescas que caían a pico sobre el mar y cuya única vegetación eran unos arbustos espinosos y algunos algarrobos resecos y tan tum-bados por el viento que casi tocaban el suelo. Nada más llegar plantaron la tienda, pero aquella misma noche el viento la arrancó y se llevó un trozo. Entonces construyeron alrededor de la tienda una barrera de piedras que la superaba en altura.

Alcozino era un soldado viejo, uno de los «veteranos» del batallón. Sólo Marruca, que era padre de seis hijos, le llevaba algunos años. La compañía no se había reído por la elección de Alcozino. Sus compañeros lo trataban con consideración, incluso lo temían un poco. Fue la elección

de Marruca, Scudo y Rotundo, famosos por ser los soldados más desastrosos de la compañía, lo que había provocado la hilaridad general. El propio Alcozino, que era un tipo taciturno y no se reía nunca, había sonreído levemente, por un instante, dejando ver sus dientes blancos.

Alcozino era alto, fuerte, esbelto, de piel muy morena, con una mirada dura y cortante. A diferencia de Marruca, que era bajo de estatura y cuya fuerza física se manifestaba en una maraña de músculos en los hombros y en los brazos, prietos como los de un caballo de tiro, Alcozino estaba dotado de esa fuerza flexible que no trasluce el esfuerzo, que parece suave, amortiguada, permanente, y que, al mismo tiempo, puede estallar en un instante, como la de los felinos.

Bromeaba agarrando a Scudo por el cuello y, sin esfuerzo aparente, lo inclinaba hasta hacerle tocar el suelo. Scudo se debatía como un animal cazado a lazo. Pero la mano morena y delgada de Alcozino, una mano de árabe con la palma rosada, lo apretaba poderosa como un tormento. Y obligaba a Scudo a aullar como si lo estuvieran degollando.

«Tengo el coco duro como una piedra», decía Alcozino de sí mismo. Y se daba un golpe en la cabeza con los nudillos. Una mano experta le había tatuado un corazón atravesado por una flecha en el brazo, el hombro derecho y el pecho. Dentro del corazón se leían las palabras «ocho años». Nadie sabía lo que significaban, pues Alcozino nunca decía nada de sí mismo, salvo la frase que he transcrito. Pero se rumoreaba que se referirían a ocho años pasados en la cárcel por haber matado a un rival. A causa de aquel tatuaje, del que no hacía ostentación, sus compañeros lo habían tratado siempre con esa deferencia curiosa, muy próxima a la admiración, que los hombres corrientes reservan para los protagonistas de hechos de sangre. Por otra parte, sus

superiores, como para poner a prueba su valor, siempre le habían encomendado las tareas más peligrosas.

No tenía familia. De vez en cuando llamaba a Rotundo, que se había convertido en el escribiente oficial del pequeño puesto (Scudo y Marruca también eran analfabetos), y le dictaba una carta dirigida invariablemente a un «compadre». Cartas breves, que terminaban siempre con saludos a otros compadres, y que Rotundo remataba, en el blanco que quedaba, con ingenuos dibujos de flores y de ángeles volanderos, más difíciles de descifrar que el texto mismo de la carta, ya de por sí un poco misterioso, y al que las fantásticas expresiones de Rotundo hacían más oscuro todavía.

Alcozino se distinguía de los demás soldados por dos pasiones de una intensidad rayana en la manía: la pasión por las armas y la pasión por el mando. Su fusil estaba siempre reluciente, bruñido, engrasado; durante las marchas, ponía una tapa en la boca del cañón para que no le entrara el polvo. Y en los altos de las marchas, antes incluso de plantar la tienda y comer, lo limpiaba minuciosamente. Por la noche lo mantenía junto a sí, atado a la muñeca con una cuerdecilla por miedo a que se lo robaran o le dieran el cambio. Y en la duermevela, antes de dormirse del todo, le pasaba la mano abierta, acariciándolo suavemente, desde el cerrojo hasta la culata.

Era, por lo demás, un tirador infalible.

Pero no le gustaba que le mandaran. Sobre todo los soldados más jóvenes. Hacía lo que se esperaba de él sin necesidad de que nadie se lo recordara. Miraba a los mandos jóvenes con desprecio, tomaba nota de sus errores y cumplía con secreto placer sus órdenes cuando advertía que eran erróneas. En los ejercicios de tiro los ganaba siempre.

No conseguía entender por qué el hecho de no saber escribir una nota le impedía llegar a ser cabo como los otros. En los momentos de guerra activa, había ejecutado las mi-

siones más difíciles mejor que los demás. Cuando murió el sargento, había mandado por algún tiempo el pelotón. ¿Por qué no había podido obtener como los demás sus dos galones negros en el brazo? Este pensamiento lo roía por dentro, y odiaba a todo el que le pasaba delante.

Cuando consiguió el nombramiento de soldado de primera, se puso tan contento que, aun siendo abstemio, se emborrachó. Ahora, saltándose en cierto modo el reglamento, le habían atribuido el rango de cabo y le habían puesto al mando de unos cuantos hombres. Se mostró con ellos duro, meticoloso, puntilloso y exigente, y de inmediato creó, entre sus subordinados y él, una distancia mucho mayor que la que correspondía a su grado. Pero era justo e inflexible con todos y no mostraba simpatía por ninguno.

Cuando se instaló en la colina con su destacamento, Alcozino, a quien nadie le había dicho qué debía hacer allí, pensó en establecer también él «un reglamento».

Llamó a Rotundo, le hizo escribir el reglamento en un folio y lo clavó en una tabla que, más tarde, como había visto hacer a los jefes, colgó fuera de la tienda. A una distancia de diez pasos de la tienda ordenó hincar un palo con una tabla en la que Rotundo escribió: «PUESTO DE ALCOZINO» y, más abajo, «LETRINA», con una flecha. Por último, dispuso un puesto de vigilancia en la cumbre del cerro para ver si llegaban naves y dar la alarma a los hombres de Elunda.

En el reglamento, concebido a imitación del de la compañía, establecía media hora de instrucción y media hora de limpieza de las armas por la mañana; los turnos de vigilancia; la hora del rancho y el toque de silencio. En la media hora dedicada a la instrucción, Rotundo enseñaba a sus tres soldados cómo debían cuadrarse ante él y cómo tenían que saludarle. Luego se sentaban todos contra las rocas, al abrigo del viento, y limpiaban los fusiles y las bayo-

netas. Scudo, Rotundo y Marruca nunca habían tenido las armas tan limpias.

A Scudo le llamaban «el pitorreo del pelotón» por su temperamento alegre y servicial y su disposición a aguantar cualquier burla. La notoriedad que había alcanzado de repente en la compañía procedía de que había tenido trato carnal con la mula del comandante, porque, como decía el teniente cuando contaba el caso a sus compañeros, «era la más guapa». De complexión minúscula, pero perfecta, nunca estaba quieto ni un minuto y nunca se cansaba. Se reía estúpidamente de todo. Alcozino lo consideraba poco más que un animal y lo mandaba a Elunda con el mulo a buscar los víveres y la provisión de agua. Siempre desaliñado, harapiento, sucio, era uno de esos soldados que nunca consiguen ponerse firmes, pero que aun así tienen una concepción casi divina de la jerarquía y se lanzan a cumplir las órdenes, antes incluso de haberlas escuchado, por lo que siempre se equivocan y suscitan la hilaridad de sus compañeros. Dos veces por semana, inmediatamente después de la instrucción, que Alcozino no perdonaba a nadie, Scudo se iba con el mulo, beatíficamente montado a horcajadas en la albarda, cantando, sin ocuparse del camino, que el mulo seguía por el olor de sus congéneres y de las algarrobas. A su paso se levantaban nubes de cuervos, que se posaban graznando en las rocas. Cuando llegaba a Elunda arrastraba aturdido el mulo entre la arena y el polvo, en medio de las risotadas de los soldados, que le preguntaban cómo iban las cosas en la república de Alcozino. Él les contestaba, orgulloso y feliz, con el tono vociferante de las personas que viven en sitios de mucho viento. En el puesto de mando le daban los víveres y emprendía el regreso rápidamente para llegar cuanto antes al puesto y evitar así las preguntas inquisitivas de Alcozino, que sacaba los víveres de las alforjas y los pesaba meticulosamente con una balanza que había construido él mismo.

De vez en cuando, a fin de romper la monotonía de la vida solitaria, Alcozino inventaba alguna falta de Scudo y le daba órdenes a Marruca de que lo detuviera y lo atara. Marruca se le echaba encima, lo inmovilizaba y le ataba las manos detrás de la espalda. Lo tenían durante una hora y más atado al poste, con la cabeza descubierta, al sol de mediodía. Ellos se sentaban al lado, a la sombra, para pincharle y contemplar su sufrimiento. Luego, cuando se cansaban del juego, le echaban agua por encima para reanimarlo, lo desataban y le proponían una partida de cartas.

Alguna vez Alcozino descendía de las alturas de su autoridad y le daba una palmada confianzuda en la espalda o un puñetazo en las costillas: era su premio. Y Scudo se reía feliz y miraba a su jefe como un perro a su amo.

La notoriedad de Marruca era de naturaleza muy distinta a la de Scudo. Le llamaban «el topo» porque, en cuanto llegaba a un sitio, inmediatamente pensaba en cavarse un refugio. Durante la época de las marchas le daban tanto miedo los aviones que en las etapas, cuando los demás aún no se habían quitado el macuto de la espalda, ya estaba él, pala en mano, excavando. Un simple agujero en la tierra, recubierto con ramaje, le bastaba para sentirse seguro y poder dormir: pero antes tenía que ponerse encima las piedras más grandes que encontrara. Al oscurecer se metía dentro como si fuera un saco de dormir y, al amanecer, salía arrastrándose, todo sucio.

Cuando tenía poco tiempo para cavar, el hoyo era pequeño y se le quedaban fuera los pies envueltos en las vendas del uniforme, pues se ponía debajo de la cabeza los zapatos por miedo a que se los robaran. De suerte que, por la mañana, los compañeros lo agarraban por los tobillos y lo sacaban del agujero como a un gusano de su terrón.

En el pequeño puesto, aunque no hubiera el menor peligro de incursiones aéreas, Marruca había construido jun-

to a la tienda, llevando a hombros las piedras, un refugio lo bastante grande como para albergar a los cuatro, y allí se retiraba a dormir por las noches. Por si fuera poco, había excavado otro refugio personal más pequeño, cerca del puesto de vigilancia, adonde Scudo, para reírse de él y vengarse, iba a orinar a escondidas.

El macuto de Marruca se había hecho famoso entre los soldados. Se trataba de un macuto colosal, que sólo él era capaz de cargar y que por nada en el mundo habría dejado de vigilar. En los largos meses de marcha desde Albania al Peloponeso, mientras los macutos de los demás soldados se iban aligerando progresivamente de los objetos robados en los primeros pillajes y se hacían más pequeños de día en día, el macuto de Marruca se volvía cada vez más grande, hinchándose al punto de que los cordones del cierre reventaron. Hasta que un día apareció coronado por una cúpula, cubierta a la buena de Dios con un trozo de lona de tienda del que, de vez en cuando, asomaba una muestra de los objetos más disparatados: el fanal de una lámpara de petróleo o la suela de un zapato viejo.

Lejos de la compañía se encontraba a sus anchas pues no se veía obligado a montar guardia continuamente junto a su macuto.

A Rotundo se le había considerado en todas partes el caso más complicado e incurable. Nadie había conseguido enseñarle, ni siquiera vagamente, el saludo, la posición de firmes, la de descanso y todo lo demás. Era uno de esos soldados que siempre están en Babia, con aire ausente, mirando embobados, como si nada de lo que se les dice fuera con ellos, y contestan a las reprimendas y castigos con una sonrisa; acaban por vestir un uniforme dos tallas más grande que la suya y lo llevan como si fuera un saco; arrastran el fusil como si se tratara de una escoba, sucio, lleno de polvo y descuidado, y no parecen haber sentido nunca

el menor deseo de saber para qué sirve. Bajo de estatura, de mentón prominente, barba muy poblada, dientes grandes, amarillos, que enseñaba enteramente cuando reía, tenía unos brazos larguísimos y las manos llenas de arrugas, semejantes en todo a las de un mono. También sus andares eran un poco simiescos, con las rodillas dobladas y la cabeza hundida entre los hombros; sin embargo, en lugar de estar dotado de la agilidad de estos animales, mostraba más bien cierta rigidez y torpeza en sus movimientos, como los de una máquina vieja y herrumbrosa que arranca penosamente y chirría y se atasca a cada instante.

En la república de Alcozino representaba, reunidas en su persona, la parte intelectual, porque sabía escribir, y la parte espiritual, porque se sabía de memoria todas las oraciones y las recitaba a todas horas. En la vida civil había querido ser cura y luego, como no pudo, fraile. Había terminado de sacristán en una parroquia rural. Al principio también en el batallón lo habían puesto a ayudar en misa los domingos, pero después, a causa de su desastrado uniforme, lo habían sustituido por otro. Le encargaban las tareas más humildes e ingratas, como hacer las guardias nocturnas y limpiar las letrinas. Nunca protestaba y, muchas veces, se olvidaban de relevarle. Aunque de castigarle sí que se acordaban y en una ocasión lo ataron al poste y se fueron con la compañía; a la vuelta, se lo encontraron desmayado y medio muerto, colgando de la cuerda hacia delante.

Era un alma cándida, como Scudo, que soportaba todo sin reaccionar, con el fatalismo de los simples. Alcozino le tenía en mayor consideración que a Scudo, sólo porque sabía escribir. No le encargaba ninguna otra tarea que no fuera aquélla y echaba a las espaldas de los otros dos todos los trabajos pesados. Le gustaba quedarse mirando cuando, tras sacarse del bolsillo el tintero (los bolsillos de Scudo eran un almacén de los objetos más inesperados: cordeles,

botones, hierbas aromáticas, rosarios, misales, etcétera) y emparar la pluma, hacía correr ésta de un extremo a otro de la hoja con una escritura inclinada, unas veces a la derecha y otras a la izquierda como un borracho que no consigue andar derecho. Para Alcozino, el misterio de aquellos signos, que volvían a tener significado a distancia de tiempo y lugar, era más enigmático aún que el misterio mismo de los aeroplanos, que surcaban el cielo y arrojaban bombas. Le mandó escribir infinidad de letreros, que colocó aquí y allí en el puesto, y muchas veces se detenía delante, satisfecho, y los contemplaba. Pero de vez en cuando recordaba que había sido precisamente la carencia de aquella capacidad, que un inepto como Rotundo tenía, la que le había cerrado el paso a los grados de cabo y sargento, a los que seguía aspirando con toda su alma. Entonces brillaba un relámpago de odio en su mirada, que se afilaba como la nervadura de algunas hierbas. De una patada, tiraba por tierra los letreros y las hojas de papel y el cartón y la tinta de Rotundo, le mandaba a hacer la guardia al puesto de vigía y no lo relevaba en toda la noche, sin dejar de ir cada hora a comprobar si estaba despierto.

Después de la instrucción de la mañana y de la limpieza de las armas, Alcozino y sus hombres trepaban a un lugar más alto a echar una partida de cartas. Lo había elegido Alcozino, porque allí se estaba a resguardo del viento y se podía echar una ojeada de vez en cuando, tanto hacia Elunda, por si venía el sargento, como hacia el mar, por si venían naves enemigas. De los bolsillos de Rotundo salía un mazo de cartas sucio y grasiento. Se sentaban en torno a una piedra lisa y blanca, sobre la cual las bonitas manos aceitunadas de Alcozino, pequeñas y precisas, contrastaban con las pezuñas informes de los otros. Y jugaban porfiadamente durante horas, sin llegar nunca a pelearse, como sucedía, en cambio, todas las noches entre los soldados de Elunda.